

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

# Ciencia, técnica y estética en los discursos de la primera experiencia colonial inglesa en Virginia.

López Palermo, Malena.

Cita:

López Palermo, Malena (2009). *Ciencia, técnica y estética en los discursos de la primera experiencia colonial inglesa en Virginia. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1315>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Ciencia, técnica y estética en los discursos de la primera experiencia colonial inglesa en Virginia.**

Malena López Palmero\*

El tardío ingreso de Inglaterra como protagonista en el escenario de la colonización americana impuso un conjunto de condicionamientos que confluyeron en la producción de discursos sobre el carácter del “otro” indígena. El contexto de vehemente confrontación entre Inglaterra y España se trasladó, al otro lado del Atlántico, en una disputa, tanto por la conquista territorial, como por los discursos que legitimaran ese dominio sobre las poblaciones nativas. Así es que los editores y promotores de la expansión colonial inglesa se interesaron particularmente por los discursos que pronto quedarían rotulados como “leyenda negra” y que denunciaban las atrocidades cometidas por los colonos peninsulares en la América hispana, con el doble propósito de exaltar las críticas a su poderosa rival y proponer un modelo de colonización fundado en la convivencia pacífica con los indígenas, quienes recibirían la gracia de la fe protestante y los beneficios del comercio con Inglaterra.

Para el tiempo en que los ingleses se lanzaron a Ultramar, casi un siglo después que España, los calurosos debates sobre la naturaleza del indígena, que tuvieron lugar en España, habían prescrito. Desde mediados del siglo XVI, en Europa imperaba la idea, más allá de los matices que pudiera concitar, de que los indígenas pertenecían a una cultura inferior, lo que era recurrentemente señalado en sus prácticas, costumbres y creencias, como así también en la carencia o ignorancia de los elementos “fundamentales” de la civilización occidental. Pero, si la brutalidad, el canibalismo, la promiscuidad y la idolatría se convirtieron en los tópicos por excelencia para definir negativamente al indígena y proponer la “urgente” imposición de la cultura europea -propuesta que encerraba en sí misma la justificación de los abusos y atrocidades cometidas por los colonos- también hubo otros discursos que acentuaban las características benévolas de los indígenas. Tanto en las primeras apreciaciones de Cristóbal Colón como en las descripciones de Pedro Mártir y Bartolomé de Las Casas predominó la imagen del indígena amable, generoso y justo, de una inocencia imaginada, según las tradiciones, como edénica o propia de la Edad

---

\* Todas las citas textuales, tanto de los documentos como de la bibliografía de referencia, han sido traducidas del inglés al español por la autora.

de Oro. Sin embargo, aun estas miradas encerraban la idea de que los indígenas transitaban un estadio primitivo en la civilización que era necesario tutelar e inscribir con los trazos del cristianismo occidental.

Los ingleses, naturalmente, fueron herederos de estas miradas, como así también espectadores de las experiencias de la conquista española; lecturas y prácticas que fueron reapropiadas según sus propios objetivos coloniales. Los ingleses decodificaron la conquista de los imperios azteca e inca según el criterio de estrategia militar, por lo que consideraron que existían dos tipos de indígenas: por un lado, los salvajes y brutales, que por sus prácticas tiránicas ejercían el dominio sobre la región, y por otro lado, se encontrarían los indígenas amistosos y sumisos, de quienes esperaban que su colaboración, sea para combatir a los “salvajes”, sea para intercambiar productos.<sup>1</sup>

Estas premisas moldearon, sin dudas, el tipo de contacto que establecieron los ingleses en Roanoke, la primera experiencia colonial en Virginia. Ello quedó demostrado en sus tentativas hacer alianzas que erosionen la autoridad política autóctona vigente. Sin embargo, las expectativas fueron sobrepasadas por las penurias derivadas de la experiencia concreta de la colonización. El derrotero de Roanoke estuvo signado por la desazón provocada por la inexistencia de hallazgos materiales, por la dependencia del intercambio con los indígenas como fuente de aprovisionamiento de alimentos y por la consecuente dinámica de violencia y resistencia de los nativos. Esto último desató más violencia y acorraló a la flamante colonia al borde de la inanición.

Lo interesante es analizar esas experiencias y contrastarlas con los discursos que de ellas se desprendieron. El informe de Thomas Hariot, junto con el cuerpo de ilustraciones de John White y su posterior conversión en grabado realizada por Theodore De Bry, apuntaron, con sus especificidades y matices, a crear una imagen positiva del indígena. Ingenio, laboriosidad, generosidad, avidez por conocer la fe cristiana, admiración por los implementos técnicos de los europeos y por la cultura letrada, aparecían como cualidades que permitirían, según Hariot, un dominio colonial efectivo. Desde el plano estético, el indígena aparecía como depositario de las virtudes de los antiguos, aunque secundariamente se insinuó al indígena como espectros de los ancestros autóctonos de los ingleses, sean

---

<sup>1</sup> Edmund S. Morgan, *American Slavery, American Freedom. The Ordeal of Colonial Virginia*, New York, Norton & Company, 1975, págs. 18-19.

pictos o bretones. De esta manera, el viaje a Norteamérica se convertía a la vez en un viaje en el tiempo, y la transposición de la cultura europea mediante el dominio colonial se presentaba como un desarrollo natural de la civilización.

Por cierto, estos discursos e imágenes, que tuvieron una importantísima difusión en Europa entre fines del siglo XVI y principios del XVII, eran el reverso de una dinámica de manifiesta hostilidad hacia el indígena, cuyo resultado condujo al fracaso del proyecto colonial. Por tanto, el divorcio entre experiencia y discurso delata la acuciante necesidad de promover la empresa colonial en condiciones de extrema dificultad. Por último, la convivencia, en el plano discursivo, de elementos estéticos del Renacimiento y de los auspicios del desarrollo técnico y científico, configura una trama compleja de tradiciones que se presentan como una singular propuesta de interpretar al indígena, resolver la perplejidad derivada del contacto con el “otro”, reflexionar sobre su propia cultura, promocionar el emprendimiento colonial y vender cada vez más libros.

#### De Newfoundland a Roanoke: el fracaso de la colonización en tiempos isabelinos.

La colonización de América del Norte encierra características muy singulares respecto a los tradicionales patrones de ocupación y dominio del territorio que venían manteniendo los imperios coloniales ibéricos, cuyo caso paradigmático fue España, que llevó a cabo un proyecto colonial donde primaba un fuerte centralismo investido de misión evangelizadora.

Si bien la monarquía isabelina estuvo particularmente interesada en conquistar una posición política y comercial en Ultramar, fueron asociaciones de carácter privado las que llevaron adelante las empresas de exploración y el asentamiento en tierras de América del Norte.<sup>2</sup> No obstante, la singularidad de la colonización inglesa residió en la heterogeneidad de los patrones de ocupación y organización de los asentamientos en regiones que, al contrario del caso español, no contaban con una población nativa organizada a nivel estatal ni disponían de las anheladas riquezas minerales. Más aún, en tierras de Norteamérica, la

---

<sup>2</sup> La primera empresa colonial, de 1584, fue un emprendimiento privado a cargo de Walter Raleigh y mercaderes que financiaron el proyecto, que además contó con el manifiesto apoyo de intelectuales o aristócratas cercanos al círculo de Isabel. Las Compañías, como la de Londres (también llamada Compañía de Virginia) o la de Plymouth, son posteriores; se conformaron en la renovada oleada colonizadora de la etapa jacobina, en 1606.

escasez de recursos naturales para la supervivencia y la inminente hostilidad desatada entre colonos e indígenas marcó el desastre de los primeros intentos de dominio permanente.

Los primeros y más fervientes promotores de la colonización de Norteamérica sostenían que allí podría hallarse un paso naval que comunicara el océano Atlántico con el Pacífico y, de esa manera, competir desde una posición ventajosa con el circuito magallánico que controlaban los españoles. Humphrey Gilbert, un aristócrata veterano de la guerra de conquista de Irlanda, había expuesto estas razones en su “Discurso” de 1576, que años más tarde fue reforzado por otros alegatos, como el de Richard Hakluyt, quien sostuvo que la colonización de América del Norte traería generosas ventajas comerciales, además de presentarse como una “válvula de escape” para los acuciantes problemas sociales que atravesaba Inglaterra.

En 1583, Humphrey Gilbert se lanzó a la conquista de la septentrional región de Newfoundland, donde esperaba encontrar el paso interoceánico, además de establecer un asentamiento que permitiese controlar el comercio y la actividad pesquera que allí los europeos practicaban de manera itinerante. Sin embargo, Gilbert tuvo que abandonar la empresa por los implacables vientos y tormentas que azotaban la región, para perecer en un naufragio en su viaje de retorno a la Inglaterra. En 1584, su medio hermano Walter Raleigh retomó la iniciativa colonial pero privilegiando zonas más amenas para el asentamiento, por lo tanto, más cercanas a la zona de la Florida, bajo control de la rival España. Para ello, contó con el aval de la corona, que mediante la cédula real de 1584 declaraba: “...otorgamos y garantizamos para siempre a nuestro confiable y amado siervo, el señor Walter Raleigh y a sus herederos, plena libertad y licencia, día con día y todo el tiempo de aquí en adelante, para descubrir, registrar, explorar y observar remotas, paganas y bárbaras tierras, regiones y territorios que no pertenezcan actualmente a ningún príncipe cristiano, ni estén habitadas por pueblos cristianos, conforme... le parezcan buenas; y asimismo para poseerlas, ocuparlas y disfrutarlas..., para siempre, con todas las prerrogativas...”.<sup>3</sup>

A fines de abril de ese mismo año, Raleigh despachó una expedición de dos navíos a cargo de los almirantes Philip Amadas y Arthur Barlowe, quienes alcanzaron las costas Outer Bank, en la actual Carolina del Norte, a mediados de julio. La región, cuyo nombre

---

<sup>3</sup> Ángela Moyano Pahissa y Jesús Velazco Márquez (Eds.) *EUA, Documentos de su historia política*, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 1988; “Cédula a Sir Walter Raleigh, 25 de marzo de 1584”, pág. 18.

original era Windgandcon, estaba densamente habitada por los denominados algonquinos de Carolina. Su organización política era una suerte de confederación, donde cada tribu tenía un jefe o “werowance”, que a su vez obedecía a Wingina, el líder máximo, perteneciente a la tribu roanoke. Los ingleses entablaron contacto con Granganimeo, werowance y hermano de Wingina, con quien intercambiaron preciosas pieles por bagatelas.

Según el relato de Arthur Barlowe, que aparentemente fue reescrito a su regreso por Raleigh,<sup>4</sup> la región ofrecía excelentes condiciones para el asentamiento, ya que la tierra proveía “de todas las cosas en abundancia, tal como en la primera creación, sin trabajos duros ni labores”.<sup>5</sup> Esta alusión era tentadora para inversionistas, comerciantes y también para los que, inmersos en una permanente situación de necesidad, asociaron a América con el País de Cucaña.

Configurando una mezcla de tradiciones, el edénico paisaje de Barlowe se complementaba con una alusión renacentista en lo que concierne al carácter de los nativos: “nosotros hemos sido recibidos con todo amor, amabilidad y con toda la generosidad que ellos pueden concebir. Encontramos gente muy gentil, amorosa y confiable, desprovistos de toda argucia y traición, del modo en que vivían en la edad de oro”.<sup>6</sup>

La breve estadía fue suficiente para intercambiar con los indígenas, explorar el poblado principal, en la isla de Roanoke, y conseguir que dos nativos, llamados Manteo y Wanchese, se embarcaran con los aventureros rumbo a Inglaterra. Allí fueron recibidos eufóricamente por la reina, Raleigh y su grupo de inversores, que se afanaron por preparar, cuanto antes, la próxima expedición para fundar una colonia en Windgandcon, tierra que optaron por llamar Virginia, en honor a la reina. Mientras Raleigh gestionaba una nueva patente y reunía inversiones, barcos, pertrechos y hombres necesarios para el emprendimiento colonial, Thomas Hariot pasaba sus días junto a Manteo y Wanchese con el objetivo de enseñar su lengua y aprender la de los algonquinos. De esa manera, los

---

<sup>4</sup> David B. Quinn, *North America from Earliest Discovery to First Settlements. The Norse Voyages to 1612*, New York, Harper & Row, 1978, pág. 327.

<sup>5</sup> Arthur Barlowe, “First Voyage Made to the Coastes of America”, en Karen Ordahl Kupperman (Ed.), *Major Problems in American Colonial History. Documents and Essays*, Massachusetts, D.C Heath and Company, 1993, pág. 17.

<sup>6</sup> Ídem

nuevos aventureros contarían con intérpretes que facilitarían la comunicación con los nativos de Virginia.<sup>7</sup>

La reina nombró caballero a Walter Raleigh, en reconocimiento por el hallazgo de Virginia y también como compensación por haberle denegado su partida. Por tanto, Raleigh asignó el mando de la nueva expedición e 1585 a su primo Richard Grenville. De los siete barcos que en partieron de Plymouth con destino a Virginia sólo llegaron cuatro en el verano de 1585. Eso hace suponer que el resto de la flota eligió otro destino, como Newfoundland, o más bien se lanzó por el camino de la piratería contra los barcos españoles y los puertos del Caribe. Finalmente, arribaron a Roanoke un total de 105 hombres, entre los cuales se encontraban Thomas Hariot, a quien Raleigh le había encargado la elaboración de informes sobre los recursos de la región y las características de sus habitantes, y John White, quien debía confeccionar los mapas y las ilustraciones.

La documentación sobre la dinámica de la colonización de Roanoke es escasa y sesgada, pues consiste en las crónicas de Grenville y de Ralph Lane, quien se quedó a cargo del asentamiento cuando el primero volvió a Inglaterra en busca de refuerzos. Ambos relatos, junto con un extracto de una carta de Lane, fueron publicados en la primera edición de la compilación de Richard Hakluyt, *The Principal Navigations. Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*,<sup>8</sup> de 1589. Tanto Grenville como Lane describieron a los indígenas como salvajes traidores, aunque Lane se refirió ocasionalmente a la “cortesía”, mas no sea para presentarlos como potenciales consumidores de los textiles metropolitanos: “la gentes es, naturalmente, muy cortés y deseosa de tener vestimentas, pero especialmente, por supuesto, de tela más que de seda”.<sup>9</sup>

Las tintas que Grenville y Lane cargaron sobre el salvajismo de los nativos tenían asidero en el trato brutal que mantuvieron con ellos, lo que paralelamente se desprendía de

---

<sup>7</sup> El manuscrito de Hariot, al que tituló “Un alfabeto universal, conteniendo treinta y seis letras a través del cual pueden ser expresada la imagen viviente de las voces de hombres... ideado sobre la ocasión de buscar las letras indicadas para expresar el habla de Virginia, 1585”, fue recopilado en el siglo XX. Se trata de un verdadero sistema alfabético con nuevos signos fonéticos, plausibles de ser estandarizados para tener un registro escrito de la pronunciación. Karen Ordahl Kupperman, *Indians & English, Facing Off in Early America*, Ithaca, Cornell University Press, 2000, pág. 81.

<sup>8</sup> Richard Hakluyt (Ed.), *The Principal Navigations. Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, Vol. VIII, Glasgow, James MacLehose and Sons, 1904.

<sup>9</sup> Ralph Lane, “An extract of Master Ralph Lanes setter to M. Richard Hakluyt Esquire, and another Gentleman of the middle Temple, from Virginia”, en Richard Hakluyt (Ed.), *The Principal Navigations...*, op. cit, págs. 319-320.

las dificultades que atravesaron los colonos en Roanoke. El primer contratiempo fue que el barco que transportaba las reservas de alimentos encalló en uno de los bancos, por lo que se echaron a perder las provisiones.<sup>10</sup> Si bien los indígenas de Roanoke demostraron, en un principio, una buena predisposición para abastecer de maíz a los ingleses, lo cierto es que no contaban con excedentes suficientes como para alimentar al centenar de recién llegados. Por lo tanto, los colonos comenzaron a ejercer la presión y la violencia para hacerse de alimentos. En ese contexto de tensión, Grenville y un grupo numeroso se internaron a explorar la zona de Secotan, en el continente, y allí produjeron el primer ataque a un poblado indígena. Todo habría ocurrido por una copa de plata, que aparentemente había desaparecido después de visitar el poblado de Aquascogoc, por lo que los ingleses volvieron allí para reclamar la copa. Grenville relató que “no recibéndola de acuerdo a lo prometido, quemamos y arruinamos a su grano y a su poblado, huyendo toda la gente.”<sup>11</sup>

Más allá de cuáles sean las verdaderas causas del violento episodio de Secotan, lo cierto es que los ingleses lo presentaron como una estrategia de guerra. Siendo que se encontraban en una posición vulnerable respecto de los pobladores originarios y eran conscientes de ello, los ingleses hicieron feroces demostraciones de su carácter temerario porque así, pensaban, obtendrían la sumisión y cooperación de los nativos o desalentarían posibles acciones en su contra.<sup>12</sup> Por lo tanto, sería lícito interpretar el ataque de Secotan como un “castigo ejemplificador”, aunque fuese un recurso derivado de la desesperación.

Wingina reaccionó de manera contraria a la esperada. En primer lugar, trasladó su residencia desde Dasemunkepeuc, en el continente, a la isla de Roanoke, para tener más control sobre los movimientos de los colonos. Además, renunció a su nombre y adoptó el de Pemisapan, que en la lengua algonquina se asociaba a una actitud guerrera.<sup>13</sup>

---

<sup>10</sup> Samuel Eliot Morison, *The European Discovery of America. The Northern Voyages A.D 500- 1600*, New York, Oxford University Press, 1971, pág. 640.

<sup>11</sup> Sir Richard Grenville, “The voiage made by Sir Richard Greenville for Sir Walter Raleigh, to Virginia, in the yeere 1585”, en Richard Haklyut (Ed.), *The Principal Navigations...* op. cit., pág. 316.

<sup>12</sup> Este punto de vista fue propuesto por Gary B. Nash, “The Image of the Indian in the Southern Colonial Mind”, *The William and Mary Quarterly*, Vol. 29, N° 2, abril de 1972 (págs. 198-230), pág. 208.

<sup>13</sup> Wingina anunció su cambio de nombre cuando murió su hermano Granganimeo, quien sostenía una actitud amistosa con los colonos y que habría tenido peso en el consejo de Wingina. A partir de su deceso, Wingina tendría el camino allanado para combatir a los colonos, por lo que Pemisapan sería su nuevo nombre de guerra. Karen Ordahl Kupperman, *Roanoke, the Abandoned Colony*, Maryland, Rowmand and Allanheld, 1984, pág. 76.



Por su parte, Grenville partió a Inglaterra en busca de refuerzos y nombró a Ralph Lane como gobernador. Lane era un militar que había combatido junto a Raleigh en las campañas de invasión a Irlanda y que también era experto en fortificaciones. Acorde con su mentalidad y experiencia militar, Lane planeó una estrategia para combatir a los roanoke.

Para ello, se internó en la zona de Choanoke y entabló negociaciones con su werowance, Menatonon, pero como primera medida raptó a su hijo Skiko para asegurarse de que cooperaría con él en un plan para atacar a Wingina. Bajo esas condiciones, Menatonon “juró lealtad” a los ingleses, mientras Skiko permanecía cautivo en el fuerte de Roanoke.

Más allá de la fórmula de lealtad que satisfizo provisoriamente a Lane, tanto Menatonon como Pemisapan, separada o concertadamente, planearon deshacerse de los ingleses. En una primera instancia, Menatonon incentivó a Lane para que remontara el río, puesto que, según sus relatos, allí podría encontrar perlas y ricos minerales. El entusiasmado Lane organizó un grupo de exploración, entre quienes se encontraban los guías que ofreció Menatonon, y el confiable Manteo. Fue un viaje cargado de penurias, que comenzó con una descarga de flechas ejecutada desde la costa, aunque sin víctimas, seguida de la monotonía de un paisaje que no evidenciaba ningún rastro de las mentadas riquezas. A los cuatro días y sin más provisiones, decidieron retornar al fuerte, haciendo escala en algún poblado aledaño para conseguir alimento. Pero todo estaba preparado para que los expedicionarios mueran de hambre en la aventura, pues Pemisapan había dado la voz de que los invasores se internaban río arriba para atacar a los poblados cercanos a la costa, por lo que todos huyeron, llevándose con ellos el grano. Los hambrientos y desesperados viajeros, por tanto, encontraron los poblados completamente deshabitados.

Finalmente, el grupo de Lane logró retornar a Roanoke, pero allí también Pemisapan habría ordenado el retiro de sus hombres, abandonando a los colonos al hambre y las enfermedades. Según Lane, “el Rey fue aconsejado y él mismo dispuso, como hombre preparado, traernos a la ruina con toda certeza en el mes de marzo de 1586,[y] él con todos sus Salvajes, escapar de nosotros, y dejar la tierra de la Isla [Roanoke] sin cultivar; lo cual, de haberlo hecho, no habría habido posibilidad en común razón (sino por la inmediata mano de Dios) para preservarnos de la inanición ... Para ese tiempo no teníamos presas

para peces, ni tampoco nuestros hombre la destreza para confeccionarlas, ni teníamos un grano como semilla para ponerla en la tierra”.<sup>14</sup>

En adelante, Pemisapan cortó todo lazo de cooperación con los colonos y acentuó la resistencia. No hay modo de saber si intentó o no incendiar sorpresivamente el fuerte mientras los colonos dormían, como relató Lane, pero lo cierto es que éste preparó una ofensiva para terminar con sus “enemigos”. Después de organizar grupos y enviarlos en busca de moluscos o pescado, Lane y algunos compatriotas de formación militar cruzaron al continente y pidieron audiencia con Pemisapan, quien los recibió junto a “siete u ocho de sus principales Werowances y seguidores, (no considerando a ninguno de común condición)”. En el momento en que Lane lanzó la contraseña “Cristo nuestra victoria”, su grupo asesinó a disparos a todos los dignatarios nativos.<sup>15</sup>

Si la brutal masacre pudo saciar la sed de venganza, no alimentó los estómagos de los famélicos ingleses. Mientras los desesperados esperaban los refuerzos de Grenville, el grupo que había ido a pescar a la isla de Croatan anunció el arribo de Francis Drake, quien hacía una parada en su viaje de retorno a Inglaterra, después de un año de haber amedrentado a los españoles en el Caribe. Los colonos solicitaron embarcarse con Drake en el viaje a Inglaterra, lo cual hicieron con tanta premura que abandonaron a tres hombres que habían ido a una misión en el interior, posiblemente a devolver a Skiko a su padre, y de los cuales nunca más se tuvo noticia. Drake preparó los navíos, que debían viajar livianos para soportar los embates de los fuertes temporales veraniegos. Con ese propósito, dejó a varios cientos de indígenas que había tomado como esclavos en su cruel ataque al fuerte San Agustín, en Florida.<sup>16</sup> Aparentemente, con los bultos inútiles, también habrían dejado buena parte de los papeles de Hariot y de White, junto con las muestras que habían recolectado.

De esta manera, en junio de 1586, los ingleses abandonaron Roanoke. Aproximadamente un mes después arribó Grenville, quien encontró la zona deshabitada, no solo de ingleses, sino también de nativos, que se retiraron porque habrían preferido evitar el

---

<sup>14</sup> Karen Ordahl Kupperman, *Major Problems...* op. cit., pág. 49.

<sup>15</sup> Pemisapan fue primeramente herido de bala y parecía morir en el suelo, aunque pudo reincorporarse y huir un trecho por el bosque, hasta que un “chico irlandés” lo persiguió y finalmente, cuenta Lane, “lo encontramos volviendo del bosque con la cabeza de Pemisapan en sus manos”. *Ibid*, pág. 50

<sup>16</sup> Las únicas noticias sobre los indígenas de Florida liberados en Roanoke provienen del diario de un miembro de la flota de Drake. No se sabe cuál fue su destino, aunque Kupperman conjetura que “los algonquinos de la costa este de Norteamérica carecían del sentido de exclusividad racial de los europeos; ellos adoptaron en sus tribus y clanes a cualquiera que se volviera culturalmente uno más de ellos, y ellos lo hicieron en términos de igualdad”. Kupperman, *Roanoke...* op. cit., pág. 92.

contacto con los invasores. Como Grenville consideró a la zona despejada y segura, dejó quince hombres bien provistos para que custodien el fuerte y retornó a Inglaterra. Allí, tanto Raleigh como los inversionistas habían quedado desencantados con los magros tesoros que había brindado la experiencia de Virginia, consistentes en algunas pieles de ciervo y perlas de dudosa calidad. Si los inversores de la empresa colonial habían considerado la ventaja de integrar a los indígenas al mercado de manufacturas inglesas, la abierta hostilidad desatada entre colonos e indígenas en Roanoke entre 1585 y 1586 sepultó ese tipo de expectativas.

Quien mantuvo el interés por Virginia fue precisamente el dibujante John White, a quien Raleigh arrendó su patente. White tenía un proyecto diferente al militarizado de Lane, por lo que armó una expedición compuesta por familias, entre quienes se encontraba su propia hija, con la intención de formar un asentamiento estable. White gestionó los fondos y asumió el cargo de gobernador de Roanoke en la experiencia de 1587, pero su proyecto fracasó, de manera más dramática aun que el año anterior.

A su arribo, encontró al fuerte destruido y ninguna pista los hombres que había dejado Grenville la última vez. Los indígenas se habían internado en el continente. White intentó restablecer las relaciones con éstos para lograr el aprovisionamiento de alimentos en intercambio, para lo cual nombró a fiel Manteo, residente de la isla Croatan, “Lord de Roanoke”, bajo autoridad de la corona inglesa. Esta medida no recompuso en absoluto el vínculo con los nativos, lo cual evidenciaba, por un lado, la ignorancia y desinterés por la relación de fuerzas local, y por otro lado, la inutilidad de la transposición de los valores del Viejo Mundo al nuevo. Pronto la enfermedad azotó a los nuevos colonos, y sumido en la desesperación, White retornó a Inglaterra en busca de auxilio.

La presencia de la Armada Invencible de II en las proximidades de los puertos ingleses impidió la partida de White, que se dilató hasta principios de 1590. Cuando finalmente arribó a Roanoke, en agosto de ese año, ya era demasiado tarde como para encontrar a alguno de sus compatriotas con vida. Evidentemente, la vehemencia con que los indígenas resistieron al avance inglés terminó sellando el fracaso de Roanoke.

Thomas Hariot, John White y Theodore De Bry: la imagen del indígena y su divorcio con la experiencia de Roanoke (1585-1586).

Si el penoso derrotero de Roanoke entre 1584-1590 descansó en la hostilidad entre colonos e indígenas, desatada por el primer ataque de Grenville en Secotan, los informes de Hariot y los dibujos de White de 1585-86, delinearon un panorama totalmente diferente. Las acuarelas de White fueron las primeras ilustraciones de los nativos de Norteamérica, donde se destacó principalmente la figura de los miembros de la jerarquía nativa, como jefes, sacerdotes y hechiceros. White también a pintó a mujeres y niños, indígenas elaborando alimentos, construyendo canoas o pescando, como así también sus viviendas y danzas ceremoniales. Estas ilustraciones, como ha indicado Gary Nash, revelaban una genuina apreciación de la habilidad con que los indígenas controlaban el medio natural a través de sus métodos de agricultura, la pesca y la caza.<sup>17</sup> Al resaltar su laboriosidad, White se contraponía de esa manera a los difundidos argumentos colonialistas que señalaban que los nativos explotaban insuficientemente el territorio, justificando así la expansión europea.

En la misma línea de interpretación que Nash, Karen Kupperman ha señalado que White confirió dignidad y autosuficiencia a los indígenas, al tiempo que les permitió que hablen por su propia cultura. Asimismo, agrega, White respetó las fisonomías y actitudes de los nativos, aunque éstas parecieran extrañas al público europeo.<sup>18</sup> Pero, ¿estaba White desinteresado por los objetivos coloniales, que implicaban necesariamente cierto grado de aculturación de las sociedades nativas? Ello queda objetado a la luz de su posterior experiencia como gobernador de Roanoke y de su tentativa de imponer el vasallaje inglés a Manteo. Pero en sus dibujos también se desliza cierto sesgo eurocéntrico, como se manifiesta en la niña que sostiene una muñeca de manufactura inglesa, que bien podría ser expresión, quizá ingenua, de la recepción de la cultura europea. Por otra parte, si White respetó las fisonomías y actitudes de los nativos, despertando así cierta polémica estética, ello era funcional con los objetivos de propaganda del proyecto colonial. La fascinación de los europeos por la novedad, tanto más crecía cuanto más extraña resultara a sus arraigadas concepciones.

Los dibujos de White habían sido concebidos como el complemento gráfico del informe de Hariot titulado “Breve y veraz relación sobre la nueva tierra de Virginia”, que se publicó por primera vez en Londres en 1588 y al año siguiente, en la primera edición de la

---

<sup>17</sup> Gary Nash, op. cit., pág. 208.

<sup>18</sup> Kupperman, *Roanoke...*, op. cit., pág. 49.

compilación de Hakluyt, *The Principal Navigations*.<sup>19</sup> Con la intención de incluir los dibujos de White en el informe de Hariot, Hakluyt convocó al célebre grabador de Frankfort, Theodore De Bry, que por entonces se encontraba en Londres enseñando grabado.<sup>20</sup> De Bry recompuso los motivos de White en planchas de cobre, elaborando veintitrés grabados que fueron incluidos en otra compilación de Hakluyt titulada *The Great Voyages*, de 1590. Dado su notable éxito editorial, el texto de Hariot pronto fue traducido al alemán, en una edición a cargo del propio De Bry y sus hijos, y al latín.<sup>21</sup> La obra despertó tanto interés que, para 1625, ya se contaban no menos de veinte ediciones de ella.<sup>22</sup>

De esta manera, el informe ilustrado de Hariot se convirtió en la referencia más importante y difundida de la experiencia inglesa en América del Norte. En los grabados de De Bry los indígenas se mostraban aun más imponentes que en los dibujos de su testigo presencial. Con cuerpos esbeltos y de atractivas proporciones, el semblante severo y una posición altiva, los indígenas de Roanoke infundían respeto ante el público europeo. Howard Mumford Jones ha llamado la atención sobre “su anciano en vestimenta de invierno que recuerda a Mario repudiando a Roma y un brujo que adopta exactamente la postura del heraldo Mercurio”.<sup>23</sup> Basado en el dibujo de White cuyo epígrafe es “el tipo de atuendo y el modo de pintarse ellos mismos cuando van a sus cacerías generales o a sus fiestas solemnes”, De Bry recreó a dos cazadores, posando simétricamente, y tras ellos, una magnífica escena de cacería. La soberbia postura de los arqueros y sus marcadas musculaturas guardan semejanza con el Apolo de finísimo mármol que decora el patio Belvedere del Vaticano desde tiempos de Julio II.

La propuesta estética de White y remarcada por De Bry, presentaba a los indígenas como portadores de una nobleza que podía rivalizar, como señala Jones, “con los modelos

---

<sup>19</sup> La edición se presenta con fecha de 1589, aunque se distribuyó a principios de 1590. David B. Quinn y John Shirley, “A contemporary list of Hariot References”, en *Renaissance Quarterly*, Vol. 22, No. 1, The University of Chicago Press on behalf of the Renaissance Society of America, (primavera de 1969), pág. 11.

<sup>20</sup> *The Dictionary of National Biography*, Oxford, Oxford University Press, 1968, Vol. V, pág. 714.

<sup>21</sup> Esta edición fue titulada *America* y consistió en dos volúmenes ilustrados con los grabados de De Bry. El primer volumen contenía el informe de Hariot, mientras que el segundo incluía el informe del francés Jaques Le Moyne sobre su experiencia en La Florida. Quinn y Shirley, op. cit., pág. 11.

<sup>22</sup> Carlo Izzo, *La literatura norteamericana*, Buenos Aires, Losada, 1971, pág. 18.

<sup>23</sup> El autor también encuentra que la mujer noble de Pomeioc “se ha desprendido de un lienzo de Rubens, ha cambiado su atuendo, ha empuñado una enorme maza y está observando críticamente la actuación de un Cupido más o menos desarrollado que hay a su izquierda”. Howard Mumford Jones, *Este extraño Nuevo Mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*. México Unión Tipográfica Editorial Hispana, 1964, pág. 26.

de la antigüedad en las proporciones de sus cuerpos y en la sencillez de sus vidas”.<sup>24</sup> De esta manera, los “otros” indígenas quedaban equiparados con los “otros antiguos” y en esa reapropiación de los modelos del Renacimiento exaltaban su virtuosismo.

Sin embargo, el modelo estético de los antiguos no era exclusivo en los grabados de *The Great Voyages*. Allí De Bry filtró otros referentes de los indígenas, precisamente a los pictos, antecesores de los ingleses, lo que permite apreciar a un hombre, cuya completa desnudez enseña el cuerpo pintado, que sostiene un escudo y la cabeza aún sangrante del enemigo. Otra figura, igualmente desnuda y pintada, muestra a una mujer de cuerpo esbelto y cabellera clara y exuberante. Atrás, un castillo sobre el paisaje típico de Inglaterra y otros guerreros que, como ella, van portando lanzas. La inclusión de los antecesores de los británicos en la descripción del Nuevo Mundo instalaba otro marco para la comprensión del indígena. Alden T. Vaughan ha destacado la doble intención del mensaje: por un lado, que los indígenas se encontraban en un estadio anterior de la civilización, como los pictos y bretones ante la conquista romana y, por otro lado, la necesidad de aplicar la fuerza militar, tal como César había aplicado a los “atrasados” de las tierras británicas en virtud de la instauración de un orden civilizado.<sup>25</sup>

La identificación de los indígenas con los pictos y bretones se convirtió en un tópico de la literatura colonialista de principios del siglo XVII. Así aparece en la *The Historie of Travaile into Virginia Británica* (c. 1613), de William Strachey: “de no haber sido esta violencia y perjuicio que nos hicieron los romanos... y hasta por el mismo Julio Cesar, luego por el emperador Claudio... que redujo a provincias las partes conquistadas de nuestras bárbaras islas, y estableció en ellas colonias de soldados veteranos,... quizá nos hubiéramos convertido en sátiros, salvajes y sin ley, vagando por las selvas, viviendo en cavernas y cazando para alimentarnos, como hacen las fieras en las selvas...”<sup>26</sup>

Así como las imágenes de White y De Bry contrastaron sensiblemente con la difundida idea del salvaje americano, el texto de Hariot destacó las bondades de la sociedad indígena de Roanoke. La intención del informe era promover el asentamiento colonial en la región, por lo que detalló minuciosamente los recursos naturales y sus posibilidades de

---

<sup>24</sup> Ídem.

<sup>25</sup> Alden T. Vaughan, *Roots of American Racism, Essays on the Colonial Experience*, New York, Oxford University Press, 1995, pág. 49.

<sup>26</sup> Citado en H. M. Jones, op. cit., pág. 130. Cabe destacar que William Strachey tuvo una destacada participación como accionista y secretario de la Compañía de Virginia.

explotación. Asimismo, dedicó un apartado a la “naturaleza y manera de la gente”, donde describió su forma de organización política y social, sus creencias religiosas y costumbres, para concluir que “con respecto a los problemas para nuestro asentamiento y plantaciones, no deben ser temidos, sino que tendrán razón para temernos y amarnos”.<sup>27</sup>

Hariot, que tenía cierto dominio de la lengua algonquina por las instrucciones que intercambió con Manteo y Wanchese en Londres, logró cierta “familiaridad”, como el mismo precisó, con los sacerdotes de Roanoke. De esta manera, pudo conocer las creencias de los nativos que, en esencia, compartían algunas cuestiones fundamentales con el cristianismo: “ellos creen también en la inmortalidad del alma, que después de la vida, tan pronto como el alma parte de su cuerpo y de acuerdo con los trabajos que han hecho, o es llevada al cielo donde habitan los dioses para disfrutar de la dicha y la felicidad, o van a un gran pozo u hoyo que ellos piensan queda en las partes más lejanas del mundo hacia el poniente, que arde continuamente: el lugar que ellos llaman “Popogusso”.<sup>28</sup>

Stephen Greenblatt ha considerado a esta descripción como una provocación a la doctrina cristiana, lo cual ponía en evidencia el ateísmo de Hariot, una falta que en su época era tan grave como la traición.<sup>29</sup> Para sostener la hipótesis del ateísmo de Hariot (cuyo informe habría influido en la prosa de Marlowe), Greenblatt subrayó sus facultades científicas, así como su estrecha amistad con Raleigh, ateo confeso.

Las facultades científicas de Thomas Hariot (1560-1621) son incuestionables. Se graduó de matemático en 1580 en St. Mary Hall, Oxford. Nunca participó del cuerpo académico, al igual que los científicos más renovadores de la época isabelina, de las grandes universidades, como Oxford o Cambridge.<sup>30</sup> Sus investigaciones, regidas por un enfoque claramente atomista, fueron patrocinadas primero por Raleigh y, después de su caída en desgracia, por Henry Percy, noveno conde de Northumberland. Hariot fue preceptor de matemática de Raleigh y de su hijo, y es probable que haya viajado con Barlowe en la expedición de 1584, puesto que había enseñado matemática para navegación

---

<sup>27</sup> Thomas Hariot, “A briefe and true report of the new found land of Virginia: of the commodities there found, and to be raised, aswell merchantable as others...”, en Richard Hakluyt (Ed.), *The Principal Navigations. Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, Glasgow, James MacLehose and Sons, 1904, Vol. VIII, (págs. 348-366), pág. 374.

<sup>28</sup> *Ibid*, pág. 377.

<sup>29</sup> Stephen Greenblatt, *Shakespearean Negotiations. The Circulation of Social Energy in Renaissance England*, cap. 2, “Invisible Bullets”, pág. 25

<sup>30</sup> Christopher Hill, *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa*, Crítica, Barcelona, 1980, pág. 25.

a los pilotos en Londres<sup>31</sup>. Harriot fue uno de los fundadores del álgebra moderna y realizó progresos en su aplicación a la geometría. A propósito, el único escrito que se conoce de esta materia fue recopilado y editado post mortem,<sup>32</sup> obra que Descartes leyó y que influyó notablemente en su construcción.<sup>33</sup> En los últimos años de su vida, Harriot se interesó particularmente por la astronomía, en cuyas observaciones utilizó el telescopio, que también fabricó para vender. Hizo dos esquemas de la luna, calculó las órbitas de Júpiter y fue el primero en observar, en 1607, al cometa Halley, entre otros. Además, mantuvo correspondencia con Kepler entre 1606 y 1609, donde intercambiaban ideas sobre refracción, densidad, el arco iris y los colores.<sup>34</sup>

Ahora bien, las brillantes cualidades de Harriot como científico no implicaban necesariamente su ateísmo. En las antípodas de la interpretación de Greenblatt, Christopher Hill ha afirmado que “no cabe la menos duda de la fe de Harriot”,<sup>35</sup> puesto que los desarrollos científicos de la época no rompieron con la autoridad de la Biblia, sino que se acomodaron a ella. La mayoría de los científicos de la época se apoyaban en el principio de Calvino de que la Biblia fue escrita en un lenguaje sencillo para favorecer su entendimiento, y de esa manera explicaban las contradicciones que surgían conforme al avance de los descubrimientos científicos.<sup>36</sup>

En su informe, además, Harriot se presenta como un predicador: “En varias oportunidades y en cada pueblo que fui, siempre que me fue posible, hice declaraciones sobre el contenido de la Biblia, de que había un solo y verdadero Dios, hablé sobre sus poderosas creaciones, sobre la verdadera doctrina de salvación a través de Cristo, con muchos detalles de milagros... Si bien les dije que la Biblia, materialmente y en sí misma no tenía ninguna virtud, como pensé que ellos concebían, sino que contenía sólo la doctrina, aun así muchos de ellos se contentaban con tocarla, abrazarla, besarla o sostenerla

---

<sup>31</sup> David Quinn, op. cit., pág. 326. Esto se vincula con el hecho de que, aparentemente, Harriot resolvió problemas matemáticos de navegación, aunque sus tablas, instrumentos y reglas para la fabricación de cartas de navegación quedaron reservadas para Raleigh y su grupo. En Hill, op. cit., pág. 167.

<sup>32</sup> Thomas Harriot, *Artis analyticae praxis ad Aequationes algebraicas resoldedas*, Londres, 1631. La obra fue recopilada por Walter Warner, otro de los científicos protegidos del conde de Northumberland. En *The Dictionary of National Biography*, Oxford, Oxford University Press, 1968, Vol. VIII, pág. 1322.

<sup>33</sup> Hill, op. cit., pág. 166.

<sup>34</sup> *The Dictionary of National Biography*, op. cit., pág. 1323.

<sup>35</sup> Hill, op. cit., pág. 165.

<sup>36</sup> Christopher Hill, *The English Bible and the Seventeenth-Century Revolution*, Londres, Penguin Books, 1994, págs. 21-22.



contra sus pechos y sus cabezas... para demostrarnos su ansioso deseo por conocer lo que decía”.<sup>37</sup> Ese deseo de los indígenas por conocer la religión cristiana tenía, paradójicamente, estrecha vinculación con los desastres provocados por la llegada de los europeos. Incluso ante la calamidad de la sequía, pensando que los habían ofendido de alguna manera, cuenta Hariot, “algunos vinieron a nosotros con deseo de rezar a nuestro Dios de Inglaterra, lo que preservaría sus cereales, prometiendo que cuando madurasen nos traerían sus frutos.”<sup>38</sup>

Hariot se interesó particularmente por las especulaciones de los indígenas sobre fenómenos que ni los europeos eran capaces de explicar debidamente mediante el uso de la razón. Ante el desconcierto provocado por el veloz efecto mortífero de las enfermedades europeas entre los indígenas, Hariot notó que “como no había enfermos o muertos entre nosotros, no sabían si tomarnos como dioses o como hombres... y como notaron también que no teníamos mujeres ni nos interesábamos por ninguna de las suyas, por lo tanto tenían la opinión de que no nacíamos de mujeres y, entonces, que éramos inmortales”.<sup>39</sup> Y que algunos nativos tuvieron la predicción de que iban a llegar más generaciones de ingleses a matarlos y tomar sus lugares, algunos de los cuales serían “invisibles y sin cuerpos... y que harían que la gente muera de la misma manera en que por entonces morían, disparando balas invisibles dentro de ellos”.<sup>40</sup> Otros habrían considerado a la enfermedad como resultado de un castigo divino hacia aquellos los indígenas que habían “ofendido” a los ingleses.<sup>41</sup>

La presunta perspectiva etnográfica de Hariot, como lo entienden Karen Kupperman y Stephen Greenblatt, no fue más que una aproximación movilizada por la necesidad de aculturación en el marco del proyectado dominio colonial. Si Hariot destacó la sencillez de los indígenas, lo hizo para resaltar sus carencias: “Comparados con nosotros ellos son pobres, y por necesidad de pericia y juicio en el conocimiento y uso de nuestras cosas, estiman en mucho nuestras bagatelas. Y a pesar de sus propias maneras (considerando la

---

<sup>37</sup> Thomas Hariot, op. cit., pág. 379.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pág. 379.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 381.

<sup>40</sup> Hariot notó que la enfermedad brotaba un tiempo un tiempo después de la visita de los colonos a los poblados, y que por caso morían 20 o 40, lo que cual era “en verdad demasiado respecto a sus números” . Además, las enfermedades eran tan raras que no entendían que eran ni como curarlas, porque no había ocurrido antes y como el efecto mortífero prendía en los jefes amigos que tenían contacto los colonos, dice Hariot, “pensaron que era obra de nuestro Dios, que los quería matar sin armas.” *Ibid.*, pág. 380.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pág. 382.

necesidad de los medios que nosotros tenemos), ellos parecen ser muy ingeniosos. Aunque no tienen tales herramientas, ni ninguno de tales oficios, ciencias ni artes como nosotros tenemos, aún en las cosas que ellos hacen, demuestran excelencia de ingenio”.<sup>42</sup>

Si los indígenas se afanaban por conocer el contenido de la Biblia, o consideraban a los europeos inmortales, con poderes sobrenaturales de matar a distancia con balas invisibles, o protegidos por una divinidad superior, entonces Hariot podía avizorar positivamente la imposición consentida de la autoridad y la cultura europea.

En este punto, la religión iría de la mano de la superioridad técnico-científica europea. Según Hariot, “conversando con nosotros ellos entraron en dudas sobre sus creencias y demostraron no poca admiración por las nuestras (...) Muchas cosas que ellos vieron con nosotros, como instrumentos matemáticos, brújulas, un cristal de perspectiva que muestra extrañas vistas... armas, libros, la lectura y la escritura...eran tan extrañas entre ellos y en tanto excedía su capacidad de comprender la razón y los modos en cómo fueron hechos y para qué sirven, que ellos pensaron que eran trabajos más propios de los dioses que de los hombres, o que al menos nos habían sido enseñado por los dioses”.<sup>43</sup> Hariot también destacó la ventaja de sus conocimientos sobre astronomía. Como los indígenas habían visto el eclipse de sol muy poco antes del arribo de los colonos y un cometa días antes de que se desatara la enfermedad, asociaron estos fenómenos celestes con aptitudes presuntamente temerarias y sobrenaturales de los colonos. Aunque Hariot asumió que “para excluirlos de ser las causas especiales de tan especial accidente, existen aun mayores razones que creo que pueden ser sostenidas hoy”,<sup>44</sup> entendió que las especulaciones de los indígenas serían útiles para los propósitos coloniales. Por tanto, Hariot expresó su optimismo en que “hay buena esperanza de que ellos serían traídos por un trato y gobierno discretos al abrazamiento de la verdad y consecuentemente, a honrarnos, obedecernos, temernos y amarnos”.<sup>45</sup>

---

<sup>42</sup> *Ibid.*, págs. 375-376.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pág. 378.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pág. 382

<sup>45</sup> *Idem.*

## Epílogo

El penoso derrotero de Roanoke y su singular expresión literaria y artística, son la evidencia histórica del profundo proceso de la dramática transformación social y cultural que transitaron los hombres de ambos lados del Atlántico. A juzgar por el informe de Hariot, la experiencia de contacto de algonquinos e ingleses impactó decisivamente entre los primeros, desatando una crisis religiosa y la fascinación por elementos de la cultura europea, en una suerte de mezcla de admiración, temor y resistencia.

Los ingleses, por su parte, desplegaron un abanico de recursos para la dominación del indígena, que en la práctica combinó el intercambio de productos con un grado mucho mayor de violencia, lo que condujo al fracaso del proyecto colonial. En el plano discursivo, los ingleses apelaron a un conjunto de modelos que en la época isabelina aun convivían en un marco intelectual tan caótico como creador. Así, los indígenas se vieron enredados, sin saberlo, en la batalla de los Antiguos contra los Modernos. Si a la hora de la conquista eran tan válidas la Biblia como la brújula, la ciencia y la técnica modernas aparecían cumpliendo el papel liberador que por siglos había detentado la religión.<sup>46</sup>

Los lectores europeos vieron con optimismo a los virtuosos hombres y mujeres del Nuevo Mundo que, como los antiguos romanos, colaborarían con la gloria inglesa o que, cual pictos y bretones, serían conducidos a la civilización, pagando un invalorable precio en sangre.

---

<sup>46</sup> David F. Noble, *La religión de la tecnología. La divinidad del hombre y el espíritu de la invención*, Barcelona, Paidós, 1999.